

***La producción simbólica en la América colonial.  
Interrelación de la literatura y las artes.***  
**José Pascual Buxó, editor. México: Universidad  
Nacional Autónoma de México-Instituto de  
Investigaciones Bibliográficas / CONACYT, 2001,  
600 p., il. (Serie Estudios de Cultura Literaria  
Novohispana, 15). ISBN 968-36-8931-0**

**E**l libro *La producción simbólica en la América colonial*, producto de una magnífica labor de edición de nuestro querido y admirado maestro, José Pascual Buxó, es —en mi opinión— una importante contribución para el conocimiento de la historia intelectual en el mundo colonial americano.

Muchos y muy variados son los temas aquí tratados por destacados especialistas. Es menester invitar al futuro lector a recorrer el índice de la obra, lo que seguramente despertará el interés por los varios enfoques que dirigen la atención a diversos ámbitos específicos de la hispanidad americana entre los siglos XVI y XVIII. La poesía, los poetas, los jesuitas y sus métodos, la Virgen y sus distintas advocaciones como motivo de culto y devoción, los santos,

las artes, los símbolos en las artes y en la literatura, el barroco, las diferentes concepciones filosóficas, el poder, la autoridad, la religión, la identidad del indio y del criollo, los cuadros de costumbres y modas, el teatro, las virtudes del gobernante cristiano, los hombres y las mujeres de esos tiempos, por supuesto, Sigüenza y Sor Juana, en fin, casi todo el macrocosmos —por utilizar un concepto de la época— en que engloba el mundo colonial americano se despliega —gracias a eruditas investigaciones— en este espacio temático.

El libro es el fruto de un esfuerzo multidisciplinario entre los diversos quehaceres humanísticos, reunidos bajo una atinada dirección y promoción, que vemos cristalizados en una obra

accesible que nos permite entretejer los complicados entramados de un mundo que aún nos atañe muy de cerca, por ser historia conformativa, viva, y no pasado muerto y olvidado. Se trata de un *corpus* histórico-cultural, como le ha llamado el propio coordinador, quien nos ha favorecido “con una visión integradora de múltiples instancias productivas” (p. 13). Deseo felicitar a José Pascual Buxó y a su equipo y sumarme al homenaje que le rinden tan mercedamente sus colegas y alumnos quienes hemos sido depositarios de su legado académico, directamente en las aulas facultativas, en su seminario, o indirectamente a través de las lecturas de su ingente obra. *La producción simbólica en la América colonial* evoca su labor de apasionado estudio para develar la vida, esto es, el pensamiento, el alma y el corazón del México colonial.

Imposible sería atender las novedosas hipótesis de todos los trabajos, que debe ser tarea del lector interesado. Personalmente, he logrado realizar una grata lectura de todos ellos. En algunos he encontrado similares inquietudes y, pues, me he visto obligada a hacer anotaciones al margen. En otros casos, me he beneficiado al leer nuevos enfoques y temas variados, que siempre pueden descubrir internas preferencias. Por esa razón que cala la subjetividad propia de todo historiador, y con el afán de no manifestar personalísimas preferencias, revelaré —a manera de un pequeño ensayo—

lo que me dejó esa visión integradora de la que ya hemos hablado.

Una de las grandes aportaciones de todos los trabajos es mirar hacia la necesidad de estudiar el mundo colonial a través del discurso, que se manifiesta en todos los órdenes de la producción de los hombres y mujeres de ese tiempo: la pintura, la arquitectura, la obra efímera, el teatro, la obra literaria (en prosa o verso), la meditación filosófica, el talante religioso, la indumentaria, en fin.

Penetran, por diferentes cauces metodológicos, en las manifestaciones simbólico-ideológicas que pueden ser aprehendidas —captadas— por los investigadores contemporáneos a través de las representaciones culturales de la época, es decir, cualquier documento, texto, trozo de poesía, libros devocionales, arcos triunfales, túmulos funerarios, certámenes literarios, fiestas, sermones, discursos de los eruditos, etcétera. Todo —absolutamente todo— nos da la pauta para una interpretación ya sea histórica, filosófica, literaria o, mejor aún, la conjunción de las tres, sin menospreciar el interés filológico, psicológico, sociológico o antropológico de acuerdo al acercamiento o aproximación a la fuente.

Todos estos estudios revelan que las manifestaciones vitales de la conciencia se consideran hoy muy importantes y son imprescindibles para penetrar en aspectos esenciales de la naturaleza social de aquel tiempo. Este enfoque hace muy placentera a los investiga-

dores la difícil tarea de desentrañar los misterios que guardan las formas culturales del pasado. La urdimbre que yo pude tejer —y estoy segura que cada lector construye su propio entramado a partir del análisis de los trabajos aquí reunidos— es la siguiente:

Se penetra en las relaciones entre España y América, entre Europa y América y entre las diferentes entidades americanas entre sí (sobre todo Perú y Nueva España). No sólo se trata de entender el vínculo político entre el Imperio y su relación con las colonias de ultramar, sino su filiación espiritual, de la que resulta una visión del mundo verdaderamente trascendental que permite conocer lo que —no exento de muchas complicaciones conceptuales— se ha dado en llamar el mundo moderno. Las diferentes formas en que un suceso o una corriente de pensamiento se manifiestan en España y en América prueban que no puede darse una interpretación “en bloque” de los fenómenos culturales aquende y allende el océano.

Por otro lado, muchos trabajos nos revelan la particularidad que emana de lo universal: a los personajes que manifiestan su idea del mundo, su angustia vital, su sensualidad, su religiosidad, sus ambiciones, sus aventuras de empresa a través de su legado tangible, es decir, su poesía, su prosa, su sermón, su obra histórica, pictórica, arquitectónica, filosófica o alguno de sus discursos más ingeniosos. Y luego se trasluce otra instancia más, también maneja-

da como tema común en muchos de los estudios, la comunidad y su manera de manifestarse. Acontecimientos políticos, celebraciones, formas de piedad y devoción, diversas maneras de rebelarse ante la autoridad, el sentimiento de unión o de discordia, etcétera.

Se vierte asimismo de los trabajos, las instituciones o los grupos que tuvieron una extraordinaria presencia en la vida colectiva y en la mentalidad de la época: la Compañía de Jesús, por ejemplo, como artífice de la “transculturación estética y religiosa que había de efectuarse en esta etapa de consolidación del régimen colonial en Nueva España”, parafraseando a Beatriz Mariscal, una de las investigadoras que participó en este proyecto. Destaca la integración de los diferentes grupos en el esquema católico-imperial, universalista-hispánico, “propósito colectivo”, le llama Solange Alberro a este afán aglutinante de la sociedad (p. 83), que fue el programa a realizar por el Estado-Iglesia español, aunque en América las circunstancias hicieron que dicho interés se llevara a cabo de manera *sui generis*. La realidad novohispana revela —así se ve reflejado en los artículos— continuidades y discontinuidades, tragedia y reconstrucción, destrucción y reconstitución.

Estudiar sistemas de representación en la América colonial permite descifrar los programas ideológicos de la Contrarreforma, del Estado-Iglesia, de las elites, donde religión y política hacían una mancuerna indisoluble. El propio

José Pascual Buxó ha hablado del "gusto de los novohispanos por la avasallante moda de los jeroglíficos e imágenes significantes" (p. 86). Nosotros, investigadores, tan necios, buscando "comprender significados", al decir de Dalmacio Rodríguez, colaborador en este libro, notamos la importancia de un tema, buscamos manuscritos, publicamos por primera vez obras inéditas, reeditamos otras. Estos conceptos nos acompañan siempre: "sacamos a la luz", "damos a conocer", "conservamos", "difundimos" todo, para tratar de interpretar una realidad. Quizás sea éste un verdadero apostolado para el historiador colonial. Un fruto importante de síntesis, lo vemos ahora entre las páginas de *La producción simbólica en la América colonial*.

La lectura ayuda a establecer correlaciones necesarias entre la posible realidad, la forma en que los contemporáneos apreciaron su realidad y la manera en que ahora creemos que ellos vieron dicha realidad. Razón y sentimiento se reflejan en cada una de las manifestaciones humanas aquí estudiadas. Como ejemplo, no puede entenderse el ámbito hispánico en América sin la preeminencia del marianismo, verdadera fuente conformadora ya no del pensamiento de varias generaciones de novohispanos, sino de su ser mismo, esencialmente hablando. El tema, naturalmente, no podía faltar en la concepción general de la obra.

También la lectura de *La producción simbólica en la América colonial* vuelve

a ser un acicate para el historiador interesado en las manifestaciones del barroco. Innumerables veces aparece referido el término en los trabajos, lo que pone de manifiesto el gran impacto de este movimiento cultural en la Nueva España. A la luz de la historia de las ideas, junto con las interpretaciones en el arte y en la literatura, se dan novedosas concepciones.

Es un periodo donde se marcan tendencias distintivas en la América colonial. En España, barroco y decadencia son —como lo vio Maravall— dos caras de la misma moneda. No así en América, vista con mayor frecuencia como un teatro grandioso, como paraíso occidental, como primavera indiana. Aquí no había indicio —y así lo muestran los estudios— de la decadencia imperial. El barroco como movimiento cultural en Indias se manifiesta en un periodo de esplendor guiado por los criollos.

Los trabajos de este libro desentrañan muchos aspectos de la vida colonial hispanoamericana: indicios, conductas, ideas generales, ideas individuales, que constituyen muchas veces la efímera frontera entre la ortodoxia y la heterodoxia, construcciones de la moral y de los valores, sobre el vestir, el decir, el comportarse, el creer, el transgredir, el evaluar, el describir, el discriminar, el disimular, el ser, en suma, novohispano. Estos autores desentrañan aspectos biográficos, llevan a cabo estudios sintácticos, descienden emblemas y apuntan a interpretaciones documentales de imágenes

simbólicas. Analizan el registro de las costumbres, gustos artísticos, intereses políticos, económicos y sociales, arraigadas creencias espirituales, "un mundo rico en medios expresivos", al decir de otro colaborador, Octavio Castro. ¿Con qué fin se hace todo esto? El historiador —el humanista en general—

lo sabe bien: para que se abran las páginas del pasado y se pueda penetrar de forma comprensiva en el legado de sociedades que se han ido físicamente, pero que han dejado, como los genes en las generaciones sucesivas, una herencia imborrable en nuestro ser nacional.